

POESIAS

-DE-

D. MANUEL CARPIO,

PUBLICADAS POR SU AMIGO,

Don José Joaquín Pesado.

MEXICO.

Imprenta de M. Murgula, dirigida por A. Contreras,
Portal del Aguila de Oro.

1849.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

Castells

22

17860 / O.F.O.

INDICE.

Prólogo	1
POESIAS SAGRADAS:	
<i>Al Ser Supremo</i>	1
<i>Adán y Eva</i>	5
<i>Muerte de Abel</i>	6
<i>La destrucción de Sodomá</i>	7
<i>Castigo de Faráon</i>	13
<i>Paso del Mar Rojo</i>	21
<i>El Monte Sínai</i>	28
<i>La cena de Baltásar</i>	32
<i>La Concepción de María Santísima</i>	44
<i>La Anunciación</i>	50
<i>Nacimiento del Niño Dios</i>	57
<i>Id. Soneto</i>	60
<i>La Transfiguración</i>	61
<i>La muger pecadora</i>	65
<i>El Monte de los Olivos</i>	66
<i>Camino del Gólgota</i>	70
<i>La muerte del Redentor</i>	76
<i>La Virgen al pie de la Cruz</i>	81
<i>Toma de Jerusalem por los romanos</i>	86
<i>A la Virgen de Guadalupe</i>	93
POESIAS DESCRIPTIVAS Y MORALES.	
<i>A la antigua Roma</i>	101
<i>El Cometa de 1841</i>	107
<i>Napoleon en el Mar Rojo</i>	111
<i>México</i>	114

<i>La Luna</i>	124
<i>El Popocatepetl</i>	130
<i>México en 1847</i>	185
<i>La ruina de Babilonia</i>	142
<i>A Don Luis M. de Castro</i>	148
<i>Despedida de Hector, Soneto</i>	151
<i>Muerte de Hector, id.</i>	152
<i>Fedra, id.</i>	153
<i>La reina Dido, id.</i>	154
<i>Muerte de César, id.</i>	155
<i>Vision de Bruto, id.</i>	156
<i>Muerte de Antonio, id.</i>	157
<i>Muerte de Cleopatra, id.</i>	158
<i>Muerte de Dido, id.</i>	159
<i>Lucrecia, id.</i>	160
<i>Alejandro, id.</i>	161
<i>Mario, id.</i>	162
<i>La Raquel, id.</i>	163
<i>Don Rodrigo, id.</i>	164
<i>Cortés, id.</i>	165
<i>España, id.</i>	166
<i>Bonaparte, id.</i>	167
<i>El Árabe, id.</i>	168
<i>Palmira, id.</i>	169
<i>Las Aguas, id.</i>	170
<i>En las exequias del Illmo. Sr. Obispo de la Puebla Don Francisco Pablo Vazquez</i>	171
<i>Para un panteon</i>	174

POESIAS EROTICAS Y VARIAS.

<i>El Turco. Oda</i>	165
<i>La Libertad</i>	181
<i>Palinodia</i>	186
<i>La Mariposa</i>	191
<i>Las cuatro estaciones del año.—Primavera</i>	193
<i>Estío</i>	194
<i>Otoño</i>	196
<i>Invierno</i>	197
<i>Epigramas</i>	199

MEXICO.

POESIA DESCRIPTIVA.

Espléndido es tu cielo, patria mia,
De un purísimo azul, como el zafiro:
Allá tu ardiente sol hace su giro,
Y el blanco globo de la luna fría.

¡Qué grato es ver en la celeste altura
De noche las estrellas á millares,
Canopo brillantísimo, y Antares,
El magnífico Orion y Cinosura,

La Osa mayor, y Arturo relumbrante,
El apacible Júpiter y Tauro,
La bella Cruz del Sur, y allí Centauro,
Y tú el primero, ¡ó Sirio centellante!

¡Qué soberbios y grandes son tus montes!
¡Cómo se elevan hasta el alto cielo!
¡Cuán fértil, cuán espléndido es tu suelo!
¡Qué magníficos son tus horizontes!

Tus inmensas cadenas de montañas
Hendidas por hondísimos barrancos,
Coronadas están de hielos blancos,
Y en la falda dan humo las cabañas.

Mil espantosos cráteres se miran
En la cima de montes y collados,
Unos quedaron quietos y apagados,
Otros sus llamas con furor respiran.

Terrible es ver desde una excelsa cumbre
Allá abajo las negras tempestades,
Y brillar en las vastas soledades
De grandiosos relámpagos la lumbre.

El Popocatepetl y el Orizaba
El suelo oprimen con su mole inmensa,
Y están envueltas entre nube densa
Sus cúspides de hielos y de lava.

Allí los ciervos de ramosas frentes
El bosque cruzan á ligeros saltos,
Y entre los pinos y peñascos altos
Se derrumban las aguas á torrentes.

Tus volcanes de inmensa pesadumbre
Asombran con sus peñas corpulentas;
Braman entre sus bosques las tormentas
Y un cráter es su procelosa cumbre.

Globos de fuego arrojan de sus bocas,
Columnas de humo, y grandes llamaradas
Ardiente azufre, arenas inflamadas,
Negro betun, y calcinadas rocas.

Entonces se conmueve el fundamento
De los montes azules, y en contorno
A cien leguas se estiende de aquel horno
El rudo y formidable movimiento.

El magnifico Dios de las naciones
Al repartir al mundo su tesoro,
"Tenga México, dijo, plata y oro,"
Y en tí vertió sus opulentos dones.

De tristes cerros la nubosa cima
Y en sus abismos la fecunda tierra
Ricós metales sin medida encierra,
Que el hombre vil mas que el honor estima.

La Africa rica á quien el sol abruma,
La Europa y Asia henchidas de grandezas,
No tienen las espléndidas riquezas
Que la patria que fué de Moctezuma.

A México el Criador en sus bondades
Le ha dado un aire diáfano y sereno,
Aguas hermosas, fértil el terreno,
Verdes campiñas, ínclitas ciudades.

Mas ¡ay! que las ciudades que algun día
Fueron su escudo y su brillante gloria,
Solo nos han dejado su memoria
En sus escombros y ceniza fría.

¡Qué grato es ver los altos cocoteros
Ceder al peso de sus frutos ricos,
Y flotar sus flexibles abanicos,
Al soplo de los céfiros ligeros!

Hermoso es ver en la estacion florida
Altos naranjos exalando aromas;
Allí descansan tímidas palomas,
Y la sencilla tórtola se anida.

Crecen los espinosos limonares
Bajo los tamarindos bullidores,
Y en torno brotan delicadas flores,
Y en torno silban anchos platanares.

Allá en Oajaca embelesado admiro
En la campiña fértil y lozana,
Verdes nopales de esplendente grana,
Hermosa cual la púrpura de Tiro.

En las selvas revuelan los zorzales,
Merlas, tucanes de plumages gayos,
Encarnados y verdes papagayos,
Todos azules, rojos cardenales.

Colibrís mil de bullicioso vuelo
De azules plumas, verdes y doradas,
Del viagero arrebatan las miradas,
Como el arco magnífico del cielo.

En México plantó naturaleza
Bosques inmensos de árboles salvajes
Bajos cuyos densísimos follages
Se propaga intrincada la maleza.

Allí el tigre feroz de ojos altivos
Embiste al toro montaraz y al ciervo,
Y la sangre les bebe aquel protervo,
Les bebe á caños aun estando vivos.

Allí la Boa gigantesca oprime
En sus inmensos círculos el tronco
Del ancho cedro, y su silbido bronco
Se oye á lo lejos con terror sublime.

Y esa serpiente en su furor provoca
Al mismo tigre que al desierto espanta,
Y lo liga y lo estrecha y lo quebranta,
Y le hace echar la sangre por la boca.

Así en el mundo en merecido pago,
El orgulloso al orgulloso doma,
Así en un tiempo la altanera Roma
Quebrantó la soberbia de Cartago.

En el desierto grave y silencioso
Entre sus melancólicas palmeras
Se deslizan las víboras ligeras,
O estanse quietas en falaz reposo.

Terrible es ver aquel su atrevimiento,
Aquellos ojos como fuego puro,
Aquel mirar tan fijo y tan seguro,
Que infunden el terror y el desaliento.

Terribles son sus agitados cuellos,
Y aquella lengua rápida y vibrante,
Y aquel cuerpo tan ágil, y undulante,
Y aquel silbar que criza los cabellos.

Allí revuelan los halcones vagos,
Y las gloriosas águilas se lanzan,
Y en su raudo volar la nube alcanzan,
O leves tocan los risueños lagos.

Juega aquí la zarceta, y entre tanto
El ánsar con estrépito se baña,
Mientras el tordo en la flexible caña
Entona triste su sencillo canto.

Mil pájaros acuáticos azotan
Con sus alas la espléndida laguna,
Y á la luz apacible de la luna
Nadan tranquilos, ó en el agua flotan.

La triste garza estólida se para
Junto á la blanca flor de la ninfea,
Y posada en un pié no se menea,
Cual si fuera de mármol de Carrara.

Los soberbios nenufares ofrecen
Flores de oro y azul, bellas y ricas:
Las espadañas con sus verdes picas
Al fresco viento lánguidas se mecen.

En las selvas, abrigo de las fieras,
Con las lluvias de férvidos estios,
Se ven crecer sus bramadores ríos,
Que anegan y fecundan sus riberas.

Hundoso corre el bárbaro Mescala,
El selvoso del Norte, el Alvarado,
El soberbio de Lerma tan nombrado,
Que las olas enturbia de Chapala.

Arranca el agua en su veloz corriente
Palmas y sauces, álamos y pinos,
Y envueltos en ruidosos remolinos
Lanza los troncos en la mar hirviente.

Así la vida pásase, y ligera
En su curso á los hombres arrebatada:
Van encantados con la orilla grata
Y entran por fin al mar que los espera.

En las grandes sabanas á millares
Vuelan libres sus bárbaros caballos,
O quietos se apacientan con los tallos
De blandas yerbas, sin temor de azares.

Al oír del salvaje el alarido,
Al retumbar el trueno en los desiertos,
Aquellos brutos ágiles é inciertos
Corren haciendo un espantoso ruido.

Suelta la crin al viento vagaroso
Noble la frente, y levantado el cuello,
Grande su pecho, ardiente su resuello,
Saltan la rambla, el valladar y el foso.

Mas ya escucho bramar tus huracanes
Que cabañas sin cuento echan abajo,
Y que arrancan los árboles de cuajo,
Como si fueran tiernos arrayanes.

Nubes de polvo y de menuda arena
Girando se levantan hasta el cielo,
Y á lo lejos se estiende oscuro velo,
Y el ancho bosque con el viento suena.

Se alzan las olas, y tus mares rujen,
Y en las playas se azotan formidables;
Mientras los gruesos y tirantes cables
De los navios con espanto crujen.

Pero cansada de volar mi mente,
Cedo al peso de tanta maravilla,
Y aquí en el polvo sin vigor se humilla,
Y se anonada de rubor mi frente.

Mas fácil fuera de tus bosques grandes
Contar las hojas que arrebató el viento,
Enfrenar de la mar el movimiento,
O levantar la masa de los Andes,

Que pintar tus arroyos y tus flores,
Tus verdes campos, y apacibles grutas,
Y tus perfumes, y sabrosas frutas,
Y tus aves de espléndidos colores,

Y tus colinas y praderas gratas,
Tus soledades, lagos y bajíos,
Tus altos montes y profundos ríos,
Tus abismos é hirvientes cataratas.

Mas ¡ay! que á tal grandeza y tanta gloria
Se mezcla involuntario el desconsuelo
De que nos sobreviva acá en el suelo
Un vil ciprés, indigno de memoria.

Es mi voto postrero, patria mía,
Pedirle al cielo que dichosa seas;
Pedirle al cielo que otra vez te veas,
Como en un tiempo cuando Dios quería.

El te devuelva tu riqueza y galas,
Y te enjague tus lágrimas hermosas,
Y te corone de laurel y rosas,
Y te cubra benigno con sus álas.

Trigo abundoso brote en tus llanuras,
Brotén las yerbas en tus verdes prados,
El llano y monte cubran los ganados,
Y al márgen pasten de las aguas puras.

A tu seno retorne la alegría,
Se unan tus hijos con amante lazo,
Suelte las armas tu cansado brazo,
Como en un tiempo cuando Dios quería.

De la prosperidad, en fin, la copa
Benigno el cielo sobre tí derrame,
Mientras el mar enfurecido brame
Entre tus playas y la altiva Europa.

MEXICO EN 1847.

¡Quién me diera las alas de paloma
Para cruzar los montes y los rios,
Los mares nebulosos y bravios
Y llegar hasta el lago de Sodoma!

Quiero sentarme al pié de una coluna
De la famosa y trágica Palmira,
Y allí entre escombros que el viajero admira
Quiero llorar al rayo de la luna.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
Y la arena del bárbaro desierto,
Y andar vagando con destino incierto
Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.

Yo ví en las manos de la pátria mia
Verdes laureles, palmas triunfadoras,
Y brillante con glorias seductoras
Yo la ví rebosar en alegría.

Yo vi á las grandes é inclitas naciones
En un tiempo feliz llamarla amiga,
Y ella, depuesta el asta y la loriga,
A la sombra dormir de sus pendones.

Mas la discordia incendia con su tea
Desde el palacio hasta la humilde choza;
Bárbara guerra todo lo destroza,
Todo se abrasa y en contorno humea.

Armados con sacrilegas espadas
Sin piedad se degüellan los hermanos,
Y alzan al cielo pálidas las manos,
Manos en sangre fraternal bañadas.

¿Cuál es el campo que la guerra impía
Una vez y otra vez no ha ensangrentado?
¿Y cuál de las montañas no ha temblado
Al trueno de pesada artillería?

¿Qué ciudades, qué pueblos ó desiertos
No han visto los mas bárbaros estragos?
¿Dónde están los arroyos y los lagos
Que no tiñó la sangre de los muertos?

En medio á tanto mal, el incensario
Llenó de humo los templos ofendidos;
Y cánticos, y lloros, y gemidos
Sonaron en el lúgubre Santuario.

En vano todo: el indignado cielo
A México en su angustia desampara,
Y el terrible Jehová vuelve la cara
A los pueblos sencillos de otro suelo.

En tanto se levanta pavorosa
Allá en el Aquilon negra tormenta,
Y en la abatida México revienta
Y rayos mil y mil lanza estruendosa.

Yo vi del Norte carros polvorosos
Y vi grandes caballos y cañones,
Y vi los formidables batallones
Tomar trincheras y saltar los fosos.

En las calles de México desiertas
Vi correr los soldados extranjeros,
Vi relumbrar sus fúlgidos aceros,
Y vi las gentes pálidas y yertas.

Y vi tambien verter la sangre roja,
Y oí silbar las balas y granadas,
Y vi temblar las gentes humilladas,
Y vi tambien su llanto y su congoja.

Llorad, hijas de México, dolientes
En las tristes orillas de los rios,
Y bajo de los árboles sombríos
Al estruendo gemid de los torrentes.

Todo en la vida á llanto nos provoca;
Gemid pues en los campos y ciudades,
Cual gime en las profundas soledades
El ave solitaria de la roca.

Quitad del cuello el oro y los diamantes
Y de luto tristísimo vestíos;
¿Por qué ostentar ni galas ni atavíos
En tiempos congojosos y humillantes?

Es hora de llorar, huya la risa
De vuestros lábios rojos é inocentes;
Estampad en el polvo vuestras frentes,
En ese polvo que el Normando pisa.

Yo tambien lloraré tantos pesares,
Y al enojado cielo haré plegarias,
En medio de las noches solitarias
En las remotas playas de los mares.

Esas mismas naciones que algun día
Con rosas coronaron tu cabeza,
Hoy te burlan' ¡oh patria! con vileza
Y todas te escarnecen á porfia.

«¿Cómo es, dicen soberbias, que humillada
«Sin trono está la reina de Occidente?
«¿Quién la diadema le arrancó á su frente?
«¿En dónde está su formidable espada?

«Sus hijos sin pudor y afeminados
«Se espantan del cañon al estallido,
Y de las balas al fugaz silbido,
«Huyen sus capitanes y soldados.

«¿En dónde está su orgullo y su ardimiento?
«Sus laureles ¿en dónde y sus hazañas?
«Son como viles y quebradas cañas
«Que abate el sopro de un ligero viento.»

Así nos burla el galo en su algazara
Y olvida á Roncesvalles y Pavia,
San Quintin y Bailen, cuando debía
Con ambas manos ocultar su cara.

Otros burlan tambien nuestros errores,
Abren su historia y cállense sus lábios:
No volvamos agravios por agravios:
Que nos dejen llorar nuestros dolores.

Feliz ¡ay! muy feliz el mexicano
Que al golpe de mortífera metralla
Ha espirado en el campo de batalla,
Antes de ver el ceño del tirano.

Mejor me fuera en tierras muy remotas
Vivir entre escorpiones y serpientes,
Que mirar humilladas nuestras frentes
A fuerza de reveses y derrotas.

Mañ pise yo la patagonia playa,
O ya escuche del Niágara el estruendo,
Ya los helados Alpes esté viendo
O contemple el magnífico Himalaya:

Allá en la soledad ¡oh patria mia!
Siempre estarás presente en mi memoria;
¿Cómo olvidar tu congojosa historia?
¿Cómo olvidar tu llanto y agonía?

Antes del sauce nacerá la rosa,
Y crecerán las palmas en los mares,
Que me llegue á olvidar de mis hogares,
Que te pueda olvidar, México hermosa.

¡Roma, pátria de Curios y Catones!
Compadezco tu suerte lamentable:
Leyes te dieron con sangriento sable
Del Norte los terribles batallones.

Los viles é insolentes pretorianos
Desgarraron tus leyes con la espada,
La toga veneranda fué pisada
Mil veces por brutales veteranos.

¡Patria infeliz! sin Curios ni Catones,
Ha sido tu destino lamentable:
Leyes te dieron con sangriento sable
Del Norte los terribles batallones.

Tú tambien has sufrido mil tiranos
Que pisaron las leyes y la toga,
Y que apretaron con sangrienta sogá
Tu cuello tierno y tus cansadas manos.

Mas baste ya. Quiero alas de paloma
Para cruzar los montes y los rios,
Los mares nebulosos y bravios,
Y llegar hasta el lago de Sodoma.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
Y la arena del bárbaro desierto,
Y andar vagando con destino incierto,
Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.